

Revista

de

Ciencias Económicas

Publicación mensual del Centro Estudiantes de Ciencias Económicas



Director:

Luciano Carrouché

Secretario de Redacción:

Italo Luis Grassi

Redactores:

Administrador:

Miguel G. Di Ciccio

Mario V. Ponisio

Jacobo Waisman

Mauricio E. Greffier - Agustín A. Forné

Dívico A. A. Fürnkorn - Luis Marforio

Enero-Febrero de 1916

Núms. 31-32



DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
1835 - CALLE CHARCAS - 1835
BUENOS AIRES

775

H. 114

618

Cuestiones agrícolas e impositivas

I

AGRICULTURA VAMPIRA

Con honda pena miramos a nuestro derredor, contemplamos nuestros campos, analizamos contratos de arriendo, compra o colonización de tierras, y no podemos menos de resumir su situación y finalidad en estos términos: *dinero y pronto, pese a quien pese*.

No encontramos en el estado, el cariñoso anhelo de poblar y producir, sino el egoísta principio de percibir el arriendo o precio de la hectárea vendida; no hallamos en nuestros colonizadores la altruista norma de impulsar el adelanto de la ciencia agrícola, palanca del progreso nacional, sino que buscan del colono un arriendo seguro y saneado; no vemos en el colono, en consecuencia, más iniciativa que la de sembrar mucho para conseguir un pronto lucro.

Todo marcha por este derrotero de perdición que arrastrará a nuestra patria a una segura ruina.

Desde estas líneas lanzamos nuevamente el grito de alarma contra los sistemas de agricultura vampira que extrae continuamente los principios fertilizantes del terreno y no los devuelve. La tierra no regala nada sino que devuelve centuplicado al que debidamente la cultiva, y castiga severamente a sus detractores.

Algunos datos nos harán ver la resbaladiza pendiente en que nos encontramos.

“La producción probable de la cosecha basada en los rendimientos de 880 kilos por hectárea para el trigo, 750 para el lino y 1170 para la avena, se ha pronosticado como sigue: (1).

Trigo	5.500.000 toneladas
Lino	1.300.000 ”
Avena	1.360.000 ”

Ateniéndonos a los datos que nos dan las obras de Muntz, Girard y Wolff, y circunscribiéndonos solamente al trigo, observamos que en cien partes de trigo se contienen:

en el grano: 2.08 de azoe, 0.82 de ácido fosfórico, 0.55 de potasa
en la paja: 0.48 de azoe, 0.23 de ácido fosfórico, 0.49 de potasa

Luego las 5.500.000 toneladas de trigo habrán extraído 140.800 toneladas de azoe, 27.750 toneladas de ácido fosfórico y 57.200 de potasa.

Si a esto añadimos los elementos fertilizantes que extraen las otras plantas como ser: maíz, lino, avena, cebada, alfalfa y demás, arribaremos a una cantidad respetable de elementos de fertilidad que anualmente se sacan de la tierra.

Lo dicho sería suficiente para tener sobre aviso a un agricultor consciente, pero si reflexionamos por un momento que, en general, se desconoce el uso de los abonos químicos, que ni aun se devuelven al terreno en forma de estiércol, parte de los elementos sustraídos, y que para mayor abundamiento de desdichas, tales elementos fertilizantes se exportan a países extranjeros, tendremos forzosamente que convencernos de que, si no mudamos de modo de obrar, nuestra agricultura llegará velozmente al empobrecimiento de los terrenos, no al cansancio como vulgarmente se dice, sino a la extenuación, a la tisis, diríamos, de la tierra, y de tierras famélicas no conseguiremos más que hacienda famélica y de ambos, una sociedad decadente.

Y no se diga que acá en América, no son necesarios los cuidados culturales de Europa, porque tal aserción indicaría una ignorancia no perdonable en nuestros tiempos.

(1) “La Nación”. Estadísticas publicadas en su número del 1.º de enero de 1916.

Bueno es recordar que la tierra de cultivo nunca debe descansar ni estar ociosa, debiéndose la considerar como una industria que manipula y convierte los elementos de la naturaleza en cosecha y que para ello es preciso activar y devolverle la materia prima fertilizante que la cosecha le extrajo. No hay que mirar a la tierra como un lugar del que no hay más que sacar ahora y luego y siempre; esto es un error gravísimo que actualmente se comete y que ha de traernos fatales consecuencias.

Debemos tener presente que la vieja Europa está vigorizando la fertilidad de sus tierras que la ignorancia de anteriores progenies agotó, y ante tal ejemplo debemos prever que acontecerá lo mismo con las vírgenes y fértiles tierras argentinas.

Devolvamos a la tierra lo que le restamos y ella nos lo premiará centuplicándolo. No es admisible en nuestro país la producción media de 8 a 9 quintales por hectárea; déjese eso para las tierras viejas y cansadas.

Urge abandonar este sistema de agricultura vampira. "Un pueblo, exclama Liebig, que exporta durante cien años el producto de sus tierras, se verá obligado a seguirlo". Nuestros nietos sufrirán las consecuencias y ¡ojalá! no maldigan nuestros nombres.

II

LIBERTAD DE CULTIVO

Pero no es posible obtener buena agricultura cuando se la relega a la merced de manos rutinarias y aun más, cuando estas manos no son suficientemente libres para desenvolverse. Desatemos primeramente, pues, los lazos que impiden la libertad de cultivo y hablemos luego de su mejoramiento.

De los tres factores de la riqueza, a saber: tierra, trabajo y capital, ha sido usurpado el primero y de consiguiente no puede producirse riqueza al no poderse ejercitar libremente ni el trabajo ni el capital en la evolución de la primera. En realidad de verdad con sólo tierra y trabajo se produciría riqueza y no habría más que ponerlos en contacto libre. Pero en esto está lo difícil.

¿Hay libertad, hay facilidad, hay camino expedito para ve-

rificar este sublime consorcio, productor de riqueza, del trabajo con la tierra?

No la hay: luego no habrá riqueza, no habrá progreso, no habrá bienestar. En la práctica el terreno es del propietario, y éste dicta las condiciones de arriendo y cultivo con lo que obstruye no sólo la completísima libertad de aplicar trabajo a la tierra sino que pone trabas a los adelantos que un agricultor experto e instruído pudiera aplicar produciendo más y con menos esfuerzos.

Ya dijimos arriba que la generalidad de los contratos de arriendo estriban en un tanto por ciento de la cosecha para conseguir dinero cuanto antes; por otra parte el colono también apetece un fácil lucro y henos aquí de frente al mal.

Para conseguir — terrateniente y colono — sus deseos de lucro inmediato, no encuentran otro medio que la siembra de trigo, maíz o lino el primer año, ídem el segundo, el tercero... lo mismo para variar, y todos los demás años también lo mismo para no perder la costumbre.

He ahí olvidado hasta el más elemental y antiguo consejo dado ya por Virgilio en sus *Geórgicas*: "il variar dei semi é parimenti alla terra riposo". Consejo dado, precisamente, en el mismo tiempo en que la Sicilia era el granero de Roma, granero que hoy difícilmente se basta a sí mismo. No quiera el destino que la misma suerte quepa en no lejano porvenir a la Argentina, granero de Europa.

Nosotros sabemos — y lo vemos practicado en Europa — que con el sistema Solari de la doble anticipación de abonos a las leguminosas, en rotación con los cereales, se consiguen grandes cosechas. El mismo Solari consiguió más de 48 hectólitros de grano por hectárea y elevó el terreno a un alto exponente de fertilidad, donde antes no se conseguía ni la simiente. ¿Por qué nuestros agricultores no lo pueden hacer aquí?

El poner cortapisas a los sistemas de cultivo es un delito de lesa nación porque impide los progresos de la ciencia agrícola, lo que acarreará una deplorable ruina nacional. No reconocemos ningún derecho al terrateniente para poner trabas a los adelantos agronómicos, ni para encaminar a sus arrendatarios a un sistema de cultivo anticuado, rutinario y vampiro, por el mero hecho de ser él el propietario. Se lo prohíben el buen sentido, el progreso de la nación y el sagrado derecho de libertad de todo hombre al uso de la tierra.

Jamás nos cansaremos de repetir que lo que obstaculiza torpemente el adelanto de la agricultura y el arraigo del inmigrante es el monopolio de la tierra, su propiedad privada.

Sería curioso indagar los orígenes de las propiedades territoriales. Los gobiernos representantes del pueblo enajenaron la tierra pública, la vendieron a los particulares y, desde entonces, esos son los amos de la nación, los que atraparon la única fuente de riqueza y libertad. Se desoyeron los buenos consejos de los Rivadavia, se alucinaron ante la inmensidad de terrenos que abandonaron los indios y, sin orden ni concierto, se vendían, se regalaban leguas y leguas, se dilapidaban los derechos de todos y se entregaban a los particulares.

“Se han comprobado casos en que esas tierras se hallaban detentadas por particulares con el conocimiento y la aquiescencia de las propias autoridades, que encontraron en esa forma un medio de aplacar los apetitos, difíciles de satisfacer, del caudillismo político” (1).

Ante un cúmulo tal de desórdenes en la venta y arriendo de la tierra pública, ¿quién podría fundadamente demostrar la autenticidad de la propiedad de la poca o mucha tierra que posea? ¿Quién podría sostener un derecho a limitar el trabajo o imponer condiciones, a indicar sistemas culturales, aun más a empobrecer el mismo terreno que llama suyo, atentando contra el derecho de todos, contra el bienestar y adelanto públicos?

Pero, aun concediéndoles estos derechos, cabría preguntar: ¿dónde están los dueños de esas inmensas extensiones de campo?, ¿qué hacen para su explotación?, ¿qué para contrarrestar la miseria creciente?, ¿qué para extirpar la desocupación, bochorno de la patria, baldón de la sociedad?, ¿qué para no hacer decaer la fertilidad de sus tierras?, ¿qué para mejorar las condiciones del labriego?... Huelga la respuesta porque asoma a los labios de todos: no hacen nada.

Las tierras siguen en su mayoría estériles, baldías, fruto de especulación, y las pocas que se dan al cultivo, se arriendan y subarriendan hasta el tercer grado quedando relegado el agricultor a sostener los vicios de esa triple serie de parásitos, de esa triple inoble trinchera que detiene el potente desarrollo y

(1) “La Nación”. *Las tierras fiscales bonaerenses*. 8 de febrero de 1916.

envidiable prosperidad de nuestra agricultura apoyada en las inmejorables condiciones de tierra virgen y fertilísima.

III

DESPILFARROS

En un país como el nuestro de 3.000.000 de kilómetros cuadrados y de tan sólo 8.000.000 de habitantes debería constituir un bochornoso delito la pérdida de la más nimia partícula de trabajo, de capital o de inteligencia. Tanto terreno por explotar y tan pocos habitantes inducirían lógicamente a la más escrupulosa economía de las potencias creadoras. Sin embargo, debemos confesar, después de cubrírnos el rostro con las manos para ocultar el sonrojo y la vergüenza, que en nuestro país se despilfarran impudicamente brazos, capitales e inteligencias.

Multitud de desocupados pululan por las ciudades y andan errantes por la campaña. Estos millares de brazos ociosos, sin poder crear riqueza, constituyen uno de los despilfarros más lamentables para el país. ¡Cuánta y cuánta riqueza se podría crear y no se crea! Por otra parte, los capitales invertidos en la compra y venta de tierras son otro despilfarro de dinero al que dan origen el monopolio y la propiedad individual de la tierra.

No ha mucho hablando con un terrateniente de San Luis (donde poco tiempo atrás se remató un terreno a diez y siete centavos la hectárea; tal es el poder de la chismería política y depreciación de los terrenos) se quejaba de no poder pagar la contribución directa que, por lo regular, es pequeña por ser la valuación muy deficiente. Invertió todo su capital en comprar mucho para venderlo todo cuando valiera más, es decir, que quiso especular con el "plus valor" que adquirirían sus tierras por la acción del progreso social. Pero habiendo sucedido lo contrario, a saber, que en vez de producirse dicha valorización, se produjo una disminución en el precio se encontró ante una pérdida tan grande que ni aun la contribución directa podía pagar. No es extraño, pues, ver tantas propiedades rurales hipotecadas.

¡Cuántos capitales, miserablemente tirados en esta innoble compra y venta de campos, en vez de dedicarlos al cultivo de los mismos! Con razón tenemos tantos terrenos baldíos: los dueños no tienen dinero para su explotación, y no explotándo-

los ellos, con menos razón los que buscan trabajo. ¡Qué papel tan triste hacen esos terrenos! Ya no son tierras de cultivo, de alegría, de riqueza; son tierras de forzosa esterilidad, de tristeza, de baldón! ¡A qué amargas consecuencias nos llevan la propiedad privada de la tierra y la especulación desenfrenada!

Si a este degradante despilfarro de brazos y capitales añadimos la no menor pérdida de inteligencias que mueren en la miseria, y la no pequeña cantidad de talentos que, aun teniendo ocupación, se ven obligados a un trabajo mecánico, a una torpe monotonía de oficina y, lo que es peor, a devanarse los sesos en busca de todos los medios posibles para no perder el empleo, lo que les obliga a menudo a bajezas, adulaciones, farsas y miles de intrigas y chismes impropios de un hombre libre, nos daremos aproximadamente cuenta del despilfarro sin nombre, que se hace de los principales agentes de producción de riqueza y bienestar.

No es posible continuar en este camino de atonía social. ¿Hasta cuándo consentiremos la duración de tantos males?

Ha sonado la hora de conquistar nuestros derechos al libre uso de la tierra. ¿Por qué los desocupados no han de cultivar la tierra que no cultivan otros? ¿Por qué permitirnos el lujo insensato de derrochar tanta y tanta riqueza como produciría la aplicación libre a la tierra de tantos brazos ociosos, de tantos capitales malgastados, de tantas inteligencias perdidas?

IV

CONCLUSIONES

Ante las enormes dificultades señaladas y ante la imposibilidad de volver las cosas a su sitio y razón, nosotros los georristas proponemos una solución tan fácil como justa, tan haccedera como comprensible, tan sublime como sencilla. Consistiría en un impuesto sobre el valor de los terrenos, libre de los adelantos verificados en ellos. El límite natural de este impuesto sería el del valor social de los terrenos. De donde se deduce que, a mayor prosperidad de la nación, mayor valor social, mayor ingreso en el fisco, mayor riqueza para comodidades comunes, mayor independencia individual y mayor progreso intelectual.

Para mayor incremento del progreso, se acompañaría di-

cho impuesto con la supresión de todos los demás impuestos que obstaculizan la libre acción del trabajo y del capital: de esta manera se intensificaría la acción de estos primordiales factores de riqueza.

El impuesto único al terreno libre de mejoras, impulsa, obliga al terrateniente a labrar sus tierras, a bajar los arriendos, y al desgravarse de todo impuesto al trabajo y al capital se robustecen sus alas y se ensancha su radio de acción.

Fácil es al que encuentra comodidad de arriendo tomar por más tiempo los contratos, encariñarse con el terruño, conseguir un libre cultivo, y a esta libertad irá ligado un amor prolijo a lo que plantan sus manos en la esperanza de percibir sus frutos y dejar a sus hijos todos los buenos resultados de sus sudores, y estos hijos no abandonarán el lugar donde nacieron, ni el árbol que las manos de sus padres plantaron ni la casa donde sus cunas se mecieron: se quedarán formando la felicidad y la prosperidad de la patria.

Con el impuesto único conseguiremos mejores métodos culturales, y una agricultura más floreciente; descartaremos la aberración de ver capitales enredados en hipotecas, invertidos en especulación y no en producción de riqueza; ahuyentaremos ese espectro fatídico del hambre que se cierne sobre las cabezas de miles de hombres desocupados; conseguiremos facilidades para que tantas inteligencias que ahora se sacrifican y pierden lastimosamente, cobren ánimo y sean el orgullo de la nación y de la humanidad.

No permitamos un despilfarro tan escandaloso de trabajo, capital, inteligencias y tierras.

Es inconcebible — y debemos oponernos enérgicamente a ello — que la propiedad privada de la tierra obligue a dejar inexploradas tantos millones de hectáreas capaces de producir riqueza para abastecer cómodamente a un número muchas veces mayor de habitantes que los que hoy pueblan la República Argentina.

La tierra se rebela contra el que la monopoliza, la vende y enajena como a una esclava; a este tal lo castiga con la esterilidad. Al contrario ama al que hiriendo sus entrañas deposita en su seno la simiente y lo premia como madre, centuplicándola.

ANDRÉS LINARES.